

# ¿instinto O intuición?

Paco Moreno Llamas



Primera edición: noviembre de 2022

© Derechos de edición reservados.  
Letrame Editorial.  
www.Letrame.com  
info@Letrame.com

© Paco Moreno Llamas

Diseño de edición: Letrame Editorial.  
Maquetación: Juan Muñoz  
Diseño de portada: Rubén García  
Supervisión de corrección: Ana Castañeda

ISBN: 978-84-1144-455-2

DEPÓSITO LEGAL: AL 3406-2022

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

Para todas aquellas personas que desean volar en libertad,  
hay que perderse para encontrarse.

Con el apoyo y la confianza de tus seres queridos,  
los sueños siempre se convierten en realidad.

## Índice

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| 0. El día que reflexioné.....        | 15  |
| 1. El día que nací.....              | 17  |
| 2. El día que sonreí.....            | 27  |
| 3. El día que salí.....              | 37  |
| 4. El día que celebré.....           | 47  |
| 5. El día que decidieron.....        | 57  |
| 6. El día que demostré.....          | 67  |
| 7. El día que viajé.....             | 77  |
| 8. El día que me enamoré.....        | 87  |
| 9. El día que me desaté.....         | 97  |
| 10. El día que me aventuré.....      | 107 |
| 11. El día de la transformación..... | 117 |
| 12. El día del intercambio.....      | 127 |
| 13. El día de la fiesta.....         | 137 |
| 14. El día de mi primer trabajo..... | 147 |

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| 15. El día de las niñas bonitas ..... | 157 |
| 16. El día del cartel.....            | 167 |
| 17. El día de mi primera clase .....  | 177 |
| 18. El día de mi estreno.....         | 187 |
| 19. El día de mi siguiente paso ..... | 199 |
| 20. El día del guitarrista.....       | 211 |
| 21. El día de la capital .....        | 223 |
| 22. El día de mi noticia .....        | 233 |
| 23. El día de mi regalo .....         | 243 |
| 24. El día de la verdad.....          | 253 |
| 25. El día del reencuentro.....       | 263 |
| 26. El día de la conversación.....    | 275 |
| Epílogo: El día de tu camino.....     | 287 |
| Nota del autor.....                   | 291 |
| Biografía del autor.....              | 293 |
| Agradecimientos .....                 | 295 |

## 0. El día que reflexioné

Quiero contar una historia, una historia con la que cambié puntos de vista, una historia que expresó un sentimiento, una historia que repercutió en más de una persona, una historia que viajó por continentes, una historia que cambió una tradición, una historia que me salvó, un acontecimiento que perdura en el tiempo; en definitiva, quiero contar la historia de mi vida.

Y te preguntarás: ¿qué tiene tu historia de especial? Y en cierto modo tienes razón, ya que cada persona tiene algo peculiar y personal que contar en el trascurso de su vida. Habrá nuevas historias en una misma persona y pensaremos que son diferentes, pero no es así. En el momento que decidimos dar un giro a nuestra historia, todo lo que viene después es parte de la misma historia, no hablamos de diferentes historias en la misma persona. Cada ser ha venido a contar su historia, una persona podrá tener más detalles, más anécdotas, más días que contar, pero al fin y al cabo solo tiene una historia, única e irrepetible. Así que todos somos especiales y todas nuestras historias son dignas de relatar. Pero, perdona que insista en querer hacerte partícipe de la mía.

Hay momentos de la vida en los que decides redirigir tu ruta y convertirte en el piloto. Pues ese momento me llegó a mí. Cambié de vehículo, un vehículo que no era para mí, con el que no sentía la comodidad; aun llevando unos asientos acolchados que podía reclinar y adaptar a mi altura. Un vehículo en el que no confiaba; aun contando con las mejores medidas de seguridad, tanto en el interior como el exterior. Un vehículo en el que notaba que me faltaba el

aire, que me impedía la respiración hasta el punto de ahogarme; aun llevando todas las ventanas abiertas. Un vehículo que no avanzaba, que rodaba muy lentamente; aun contando con un potente motor y un inagotable acelerador. Cambié de carretera, dejando un paisaje encantador, lineal y agradable para tomar la bifurcación de un camino angosto, sin vegetación, repleto de pendientes y obstáculos. Nadie en su sano juicio hubiera pilotado un vehículo con tan pocas prestaciones, adentrándose en una ruta con tan difícil recorrido.

Pero cuando buscas un nuevo rumbo, no te paras a pensar en las diferentes comodidades que te rodean, no te fijas en la carrocería ni en las características del vehículo, no reparas en el trayecto que debes recorrer. Aceptas cada uno de los obsequios que te ofrece tu nuevo camino. Valoras cada parada antes de llegar a destino. Disfrutas con cada obstáculo con el que te encuentras y esquivas. Ríes con cada momento de tristeza. Lloras con cada momento de felicidad. Agradeces el encuentro con cada persona en tu ruta, ya que te enseñan y te indican cómo llegar. Todas estas sensaciones te abren un mundo que has elegido y que has arriesgado, y que no permiten mirar atrás y lamentar.

Tengo el volante en mis manos y quiero que me acompañes en este viaje. Quiero que seas mi copiloto, quiero que seas testigo de cómo conseguí romper con lo establecido, de cómo pude conseguir mi libertad para alcanzar mi destino.

La vida del ser humano se compone de días, y cada día es especial porque algo nuevo te ocurre. Es difícil recordar cada día de tu vida, pero seguramente sí recordarás algunos días importantes que significaron algo inolvidable. Te quiero mostrar algunos días importantes en mi vida, que también quedaron grabados en mi memoria y que, sin duda, fueron decisivos para seguir avanzando en mi objetivo: vivir la vida que yo quería para ser feliz. Te invito a que te subas a mi vehículo, te pongas el cinturón y me acompañes durante algunos días de mi camino.

¡Arrancamos!

Fdo: El personaje de la siguiente historia.

## 1. El día que nació

Podría empezar con «Érase una vez...» pero sabemos que todo esto pertenece a un cuento de hadas. Y creo que el camino por el que me vas a acompañar puede ser parte de un cuento, pero no precisamente de hadas, ni tampoco de brujas. Así que, cuando hayas recorrido parte del camino y hayamos realizado algunas paradas, te invito a que lo valores y seas tú quien defina el tipo de cuento que te he relatado. No obstante, por el momento, comencemos por la realidad que me contaron.

Era el último día de verano de un año un tanto diferente al de años anteriores. Las temperaturas fueron más altas de las que habitualmente oscilaban en esta pequeña aldea rural de Japón, acostumbrada a un clima cálido y húmedo durante la época estival. Pero ese año, los habitantes de la aldea se vieron sofocados por este aumento de temperatura.

La familia Asaguroi, mi familia, pertenecía desde hace siglos a esta aldea ubicada en las montañas de la prefectura de Kioto. Era una familia muy respetada por los habitantes de la región. Una familia conocida por sus grandes dotes para el comercio y los negocios. Mediante el continuo trabajo y el esfuerzo, que fue pasando de generación en generación, se convirtieron en una familia muy poderosa y adinerada de la zona. Al menos seis generaciones pasaron por esta aldea y todas ellas tenían muy arraigadas las raíces de sus antepasados. De manera que todo lo que hacían, cómo

pensaban, cómo actuaban, cómo se relacionaban y, en definitiva, cómo vivían la vida, era siguiendo las costumbres de sus ancestros. Él único propósito de sus sucesores era seguir honrando el nombre de la familia Asaguroi.

Yoshito, mi padre, formaba parte de la séptima generación. Él, junto a su hermano mayor, tenía la misión de continuar con el legado y la tradición de la familia: trabajar duro y honrar el nombre de las seis generaciones anteriores. Sin duda, era algo que cumplía tal cual marcaba la tradición. Siendo joven, y tras la aprobación de sus padres, mis abuelos, decidió emprender el camino e intentar expandir el negocio familiar a la ciudad, Kioto, donde conoció a mi madre.

Hekima, una mujer que bien puedo definir con cuatro palabras: sabia, dedicada, paciente y reflexiva; esta es mi madre. Feliz escuchando música tradicional mientras leía y estudiaba libros con los que ampliaba sus conocimientos en múltiples y variadas disciplinas como la cultura, la naturaleza, la historia, la botánica, la danza, el arte, y así, un listado inagotable de áreas que despertaban su interés.

La forma de cómo y dónde se conocieron mis padres la dejaré para un poco más adelante. Ahora me gustaría continuar con lo que aconteció el verano que mencionaba.

Durante ese verano, se alcanzaron unas cifras muy altas de temperatura que lamentablemente afectaron a sus habitantes y a sus rutinas veraniegas. Entre estos habitantes se hallaba madre, que contaba con su séptimo mes de gestación. Para ella, el calor excesivo también fue algo inquietante y molesto que, sumado al cambio hormonal, hizo que esta temporada estival quedara para el recuerdo, sobre todo los meses de julio y agosto.

Septiembre solía ser un mes en el que iba desapareciendo el bochorno, dando lugar a las lluvias y a trabajar las tierras para las cosechas, pero ese año, las lluvias fueron escasas también en este último mes del verano. Japón es el único país asiático donde se puede disfrutar de las cuatro estaciones a lo largo del año como

hacen la mayoría de los países europeos; estaciones que además están bien definidas por el clima. De ahí la importancia de recalcar este dato.

Madre estaba convencida de que, en este último día de verano, el sofocante calor que la acompañó durante los últimos meses, formaría ya parte del recuerdo. Sin embargo, fue todo lo contrario para ella, ese calor estuvo más presente en ella que ninguno de los días anteriores. Cuando comenzó a caer el sol y hacer la luna sus primeros atisbos de presencia, madre pensó en preparar una velada especial para despedir la estación y dar la bienvenida al otoño con su primera luna.

Parte de la riqueza de la familia Asaguroi se basaba en tierras de cosecha, de manera que la luna era un símbolo con mucha magia para la familia. Se decía que existía un espíritu sagrado que se mostraba tras la potente luz que emanaba la luna llena. Por ello, durante los días de luna llena de final de septiembre, los agricultores rezaban a esta luminosa luna para pedir por una buena cosecha, con la firme creencia de que serían más escuchados cuanto más luminoso fuera el astro.

Sin duda madre no iba a perder esta oportunidad al saber que, en esa noche, la luna iba a alcanzar el mayor grado de luminosidad, sería el último plenilunio de verano que coincidía además con el solsticio de otoño, un momento idóneo para peticiones sagradas. Madre se aseguró de tener todo preparado para que este acontecimiento quedara grabado en sus retinas. Además de abordar una petición que la rondaba desde hace tiempo en su cabeza.

Durante esa tarde, se ausentó en la cocina y, escuchando música tradicional de flauta japonesa, pasó un largo tiempo amasando mochi, una pasta de arroz con la que se elaboran dulces tradicionales. Con delicadeza y ternura fue creando bolitas de dango para celebrar el tan esperado plenilunio.

Se dispuso a colocar en una cesta las bolitas de dango junto con kakis y castañas, manjares típicos que anunciaban la venida del otoño. No se olvidó de añadir a la cesta sake para padre y té para ella.

La casa de mis padres estaba ubicada cerca del punto más alto de una colina libre de árboles, de manera que divisar el cielo, las estrellas, el sol, la luna o cualquier objeto celestial era todo un privilegio. Se encargó de preparar la velada de contemplación de la luna colocando un precioso tapiz blanco con hojas de arce sobre la hierba de la colina. Acompañada de la cesta que le endulzaría la noche iluminada.

Madre volvió a la casa y quiso arreglarse para la ocasión. Eligió un kimono de verano blanco también con hojas de arce color rojizo emulando la llegada del otoño, combinándolo con una *geta* rojiza, el calzado tradicional japonés fabricado en madera y con dos cintas para sujetar el pie. Maquilló discretamente su pálida tez con unos tonos rojizos y soltó su larga melena negra con un pequeño recogido en la parte delantera. Esperó pacientemente en el jardín la llegada de padre.

El jardín de mis padres era ecléctico, y parecerá extraño decir esto sabiendo que los diseños de los jardines japoneses están creados al detalle y cuidados al milímetro. Este eclecticismo estaba buscado desde la historia, la composición y el uso que se le daba al jardín. En el jardín de la casa de la familia Asaguroi se podían contemplar diferentes períodos de la historia de la arquitectura de los jardines japoneses, como los diferentes elementos que los formaban, así como el uso que les daban. Esta integración hacía del jardín un espacio único y simbólico en la aldea, alcanzando así el objetivo de capturar la belleza natural de la naturaleza.

Madre no esperaba sola, la acompañaba Nozomi, también luciendo un *yukata*, un kimono de verano, blanco con hojas de arce más pequeñas pero con la misma intensidad rojiza. Su pelo, en cambio, iba recogido con una trenza larga a cada lado. Nozomi era mi hermana mayor, acababa de cumplir cinco años, una niña obediente y siempre atenta a las indicaciones de padres, estaba feliz de saber que pronto un hermanito o una hermanita aumentaría la familia. Esperaba con ilusión a que esa nueva persona llegara al mundo para ella poder cuidarla, protegerla y pasar buenos ratos de diversión.

Madre ya le había contado a Nozomi que al caer el sol irían al tope de la colina para contemplar la luna llena, que iluminaría las tierras de la aldea, y en las que se le podría pedir un deseo. Esta idea fue un asombroso regalo para Nozomi ya que estaba afanosa de pedir un deseo, y qué mejor momento que aprovechar la eminente luz del espíritu sagrado tras la luna. Esto aumentaba sus ganas de que llegara padre y, poder así, dirigirse a la colina con el fin de disfrutar de la venidera noche iluminada.

Padre llegó cansado y malhumorado a casa, había sido una jornada muy agotadora y algún malentendido con uno de sus agricultores le hizo que casi pasara de largo sin saludar a madre y Nozomi. Sin embargo, ellas fueron velozmente a su encuentro para recibirlo y darle la bienvenida antes de acceder al *genkan*, la entrada tradicional de las casas japonesas donde nos descalzamos para evitar traer tierra al interior de la casa.

—Tengo preparada una fabulosa velada para esta maravillosa noche —exclamó madre.

—Lo siento, Hekima, estoy muy cansado y solo deseo descansar —respondió padre.

—Pero esta velada es mágica, y sin duda vas a descansar. Esta noche será el primer plenilunio de otoño y coincide con la despedida del verano. He elaborado unos dulces, y ya tengo todo preparado en la cima de la colina. Podremos además pedir un deseo a la luna y agradecer la cosecha de este año. Nuestra hija Nozomi está muy entusiasmada con esta velada. Por favor, no rechacemos esta maravilla de la naturaleza.

—Está bien, querida esposa, lo haré por vosotras, seguro que la luz resplandeciente de la luna me dará energía y me encontraré bien.

—Sin duda; te he preparado un kimono con motivos otoñales para que demos todos la bienvenida, juntos —concluyó madre.

Padre entró en casa, se refrescó y, siguiendo las indicaciones, se vistió con el kimono de verano, pero con motivos otoñales, que le había dejado preparado.

Entre tanto, madre y Nozomi esperaban en el jardín contemplando la colina que, aun estando alejada, el diseño invitaba a disfrutar de la presencia de ella integrada perfectamente en la vista general del ecléctico jardín.

Padre ya parecía más animado, el enfado con el que llegó a casa desapareció de la misma manera que desaparecería esa misma noche la estación estival. Los tres miembros de la familia Asaguroi fueron paseando colina arriba disfrutando de los últimos rayos de sol que se iban escondiendo tras los rojos brillantes arboles de arce.

Finalmente llegaron a la cima de la colina. Padre y Nozomi quedaron sorprendidos al ver los preparativos que madre había realizado para la noche mágica.

—Ohhh, has preparado bolitas de dango, ¡son mis dulces favoritos! Agradezco que insistieras para que disfrutáramos de la velada, no me hubiera gustado haber desaprovechado esta ocasión —exclamó padre.

—Me alegra que te hayas animado y que te agrade lo que he preparado. Esto no es nada en comparación con la belleza de la luna que vamos a poder contemplar —replicó madre.

—¡Castañas, qué ganas de volver a comerlas! —gritaba Nozomi.

La luz del sol se iba debilitando dando paso al resplandor de la luna. La familia disfrutaba de los manjares que madre minuciosamente había dispuesto. La tradición marcaba que, durante estas celebraciones nocturnas de plenilunio, se hablara de literatura y temas relacionado con la cultura, además de beber sake y té. Estos temas eran parte de la pasión de madre. Sin embargo, en esta ocasión, optó por hablar sobre una de las ciencias más antiguas del mundo y de sus creencias.

—Yoshito, ¿sabes qué comparte y qué difiere la astronomía con la astrología? —abrió la conversación madre.

—Creo que no difiere en nada, querida esposa. Es una ciencia que estudia las estrellas y los planetas llamada con dos nombres

indistintamente, pero con la misma finalidad: estudiar el universo —objetó rotundamente padre.

—Siento discrepar, querido esposo, hay similitudes y diferencias. Es cierto que sendas disciplinas están relacionadas con las estrellas y los planetas. Sin embargo, la astronomía es una ciencia que estudia las propiedades físicas y químicas, así como el comportamiento, de los cuerpos celestes. En cambio, la astrología es un conjunto de creencias sobre la influencia de estos cuerpos celestes en nosotros, los seres humanos, y de la posibilidad de predecir sucesos futuros —argumentó madre sin dudarlo—. Por tanto, la astronomía se basa en la lógica y la deducción de lo que se ve, mientras que la astrología se basa en la intuición y la comparación entre los astros y las personas.

—Pareces muy convencida con tus explicaciones, querida esposa.

—Sin duda, de hecho, hoy tendremos el primer plenilunio de otoño que coincide con la despedida del verano. Un fenómeno que, según la astronomía, solo ocurre en contadas ocasiones, y esta noche tendremos esa gran oportunidad. Es el momento idóneo para poner en práctica los principios de la astrología que os he comentado. Pediremos todos un deseo a la luna llena. Algo que queramos con toda nuestra alma, pero no podemos compartirlo con nadie, ni entre nosotros, hasta que se cumpla. Será el secreto de cada uno de nosotros —decretó madre con firmeza.

—¿Puedo yo también pedir un deseo, madre? —tanteó Nozomi.

—Claro que sí, hija. Esta noche es para todos. Y cuando digo todos, es todos —asintió madre con una leve sonrisa premeditada.

La presencia del sol iba agonizando poco a poco hasta que desapareció por completo, dando paso a un ensombrecimiento celestial. Esta penumbra la fue aclarando la brillante luz del astro mágico. Durante este acontecimiento nocturno, la familia Asaguroi no paraba de contemplar la bóveda celeste donde las

estrellas, esa misma noche también alardeaban de esplendor y luminosidad. Madre iba repasando con ilusión los nombres de cada una de las estrellas que formaba la visible constelación de Orión, quien comenzaba a asomar desde el este del cielo.

Y llegó el momento, la luna ya había alcanzado su máximo resplandor y estaba impaciente por escuchar las peticiones de cada uno de los miembros de la familia.

—Mirad fijamente a la luna, no apartéis la mirada de ella durante unos minutos. Invocadla desde vuestro pensamiento y comenzad el diálogo con ella. Lo que le manifestéis, hacedlo con el corazón y con la fuerza de vuestra alma. Si el amor que sentís por esta súplica es tan potente como la luz que desprende el astro, vuestro deseo se cumplirá —matizó madre.

Padre, madre y Nozomi dirigieron su mirada hacia la luna y comenzaron el ritual tal y como madre lo había enunciado. Tras varios minutos de silencio, Nozomi agarró la mano de padre y madre y caminaron con una gran tranquilidad y paz hacia la casa.

El verano se acabó, dejando como resultado un día repleto de emociones, deseos e ilusiones y, sin duda, un día agotador para cada uno de ellos. Padre y madre dieron las buenas noches a la pequeña Nozomi, que no acostumbraba a ir tan tarde a la cama; pero esa noche fue una excepción por un motivo especial. Ellos también se retiraron a su dormitorio para descansar.

Bien adentrada la noche, madre se despertó súbitamente. No se encontraba bien, se notaba extraña y alarmada. Despertó a padre.

—¡Yoshito, despierta, Yoshito!

—¿Qué ocurre, Hekima? ¿Por qué estás tan sobresaltada?

—No me encuentro bien, esposo. Siento una sensación de presión en el inferior del abdomen y un leve dolor en la espalda.

—Has experimentado una jornada con muchas sensaciones y, además, has trabajado más de la cuenta para preparar la preciosa velada de anoche. Será el cansancio que se ha despertado ahora que estabas relajada. Caminemos un poco por la casa para que se te pase la molestia —trató de tranquilizar padre a madre.

Padres se levantaron y pasearon despacio por el interior de la casa hasta el cuarto de aseo para que madre pudiera refrescarse. Padre, entre tanto, esperaba a que saliera.

—¡Yoshito, Yoshito! —gritó madre alarmada.

Padre entró velozmente en el cuarto y exclamó:

—¿Qué pasó?

—Acabo de romper aguas.

—No puede ser, aún quedan dos meses para este día. Vayamos al hospital, debe de ser un falso indicativo —aseguró padre.

Afortunadamente, padres tenían unos gentiles vecinos. Así que, aun sabiendo que era una hora complicada, padre fue a pedirles ayuda. Ozuru, el vecino, los llevó al hospital, y su esposa, Hiroko, se quedó al cuidado de la pequeña Nozomi.

El trayecto hacia el hospital se hizo eterno, los dolores en el abdomen de madre eran cada vez más fuerte y su mayor preocupación era que no llegara a tiempo para dar a luz en el hospital. En cambio, padre estaba convencido de que era una irregularidad pero que todavía no podía nacer su bebé. Aún quedaba tiempo para la fecha del nacimiento. Ozuru, mientras conducía, intentaba tranquilizar y animar a la pareja, les advertía que ya estaban cerca del hospital y que todo iba a salir bien.

Llegaron al hospital y rápidamente atendieron a madre. El doctor pidió a padre que se calmara y que se quedara en la sala de espera mientras el equipo podía tratar a su esposa para conocer qué había pasado.

El presagio de madre parecía que se iba a cumplir. Tras un breve tiempo en observación médica, al quebrar el alba, con el primer rayo de sol, rompió el silencio un enérgico llanto de bebé. El otoño se despertó con un nuevo ser antes de tiempo.